

SALVADOR GINER

IEC: realidad y misión

Pronto se cumplirán cien años de la fundación de la academia catalana de las ciencias y las humanidades, el Institut d'Estudis Catalans. Fue creado por Enric Prat de la Riba y un grupo extraordinario de ciudadanos, en junio de 1907, con una visión de su país moderna, universalista y orientada hacia el progreso. Estaban persuadidos de que el catalanismo político debía completarse con una modernización que fuera más allá de la industrialización y la autonomía. Aquella generación, la del noucentisme, poseía un programa de racionalización, internacionalismo y calidad en la obra. Ello precisaba, al más alto nivel de la ciencia y el conocimiento, de la creación de una academia que incorporara todas esas cualidades.

La academia catalana se inspiró en buena medida en ideas puestas en circulación por uno de sus hombres clave, Eugeni d'Ors, quien supo exponer estos ideales de modo convincente. Sólo necesitó el impulso del presidente de la Diputación de Barcelona, para *anar per feina* sin dilación. Así, a los dos meses de su fundación, la primera sección

SALVADOR GINER, *presidente del Institut d'Estudis Catalans*

del Institut, la Històrico-Arqueològica, se lanzaba al rescate del patrimonio románico de incalculable valor que contenía el Pirineo catalán. Por su parte, las oficinas lexicográficas, dirigidas por Pompeu Fabra, ponían su labor normalizadora de la lengua catalana al servicio del pueblo que la hablaba y de los territorios de su dominio lingüístico. Mientras tanto, el Institut fundaba el Servei Meteorològic de Catalunya y pronto el cartográfico. Por si ello fuera poco, ponía los cimientos de la Biblioteca de Catalunya, y luego los de la misma Universitat Autònoma de Barcelona, bajo la inspiración de uno de sus miembros, Pere Bosch i Gimpera.

El Institut es miembro desde 1922 de la Unión Académica Internacional, a la que hoy pertenecen las academias más importantes del mundo. No fue concebido solamente como una entidad en la que se encuentran los sabios para reconocerse como colectividad intelectual. Además de cumplir ese fin elemental, el Institut, que es un ente privado y soberano, aunque con fines públicos, siempre se ha considerado a sí mismo algo más que un foro. Es un centro de investigación y creación cultural.

Vertebrado en cinco secciones –la

Històrico-Arqueològica, la Filològica, la de Ciències i Tecnologia, la de Biologia i Medicina y la de Filosofia i Ciències Socials–, el Institut reúne a un número considerable de académicos de todos los territorios de lengua y cultura catalanas. Posee veintiséis sociedades filiales con más de 8.500 socios que cubren las más variadas disciplinas y son parte esencial de su vida. De las matemáticas

**ESTA ACADEMIA
cumple cien años con
ánimo emprendedor,
ambicioso
y universalista**

a la sociología, de los estudios hebraicos a la biología, las filiales del Institut representan lo más dinámico de la ciencia y la investigación en este país. Las mismas artes entran en muchos casos en la vida activa del Institut. Por poner un ejemplo, al igual que en otras academias, la creación literaria no sólo se halla representada entre los miembros de la Secció Filològica, sino que tam-

bién lo está abundantemente en otras, así como en varias sociedades filiales.

El Institut prepara con ilusión la celebración de su primer siglo. De acuerdo con el ritmo académico, universitario y científico que le es propio, quiere comenzarla este próximo octubre, con un acto solemne en el Palau de la Música Catalana. El hecho de que la conferencia inaugural haya recaído en uno de los científicos catalanes de mayor prestigio internacional, el profesor Joan Massagué, para hablar del futuro de la investigación del cáncer, en el que desde su centro neoyorquino es pionero, es muy significativo. Este distinguido miembro del Institut tratará de un tema crucial para la salud. La institución, que ha dado cobijo a tantos eminentes filólogos, historiadores, arquitectos, científicos y escritores, podría justificadamente mirar hacia atrás con nostalgia, pero prefiere mirar hacia el futuro, estudiar a fondo las posibilidades de la ciencia y responder así al espíritu mismo de lo que debe ser una academia catalana al servicio de la ciudadanía.

La calidad de las aportaciones del Institut hoy –que incluyen la elaboración de estudios sobre aspectos de interés público, desde la investiga-

ción sobre el cambio climático hasta el análisis de los suelos y terrenos, por citar dos de los más recientes– muestran su voluntad por continuar en la brecha de lo que fue desde el primer día su misión al servicio de la alta cultura catalana.

La creación de nuevos centros ya consolidados –como el de investigación matemática–, la potenciación de sus abundantes publicaciones y su incorporación a la sociedad de la información, y la digitalización de sus numerosísimos servicios evidencian que el Institut ha recibido ya un nuevo impulso y ha entrado en un cambio cualitativo de gran alcance (sus señas: www.iec.cat). Uno de sus empeños es el de incrementar y mejorar el conocimiento público y cívico de la ciencia. Un campo que le es propio y para el que está idealmente capacitado.

El Institut d'Estudis Catalans alcanza pues su primer siglo con un espíritu emprendedor, ambicioso y universalista; el mismo del de la generación que lo fundó. A través de mil avatares, incluida la persecución política más cruel y prolongada durante la mitad de su existencia, el Institut ha servido a la cultura y la ciencia con eficacia. Lo seguirá haciendo con igual vitalidad y convicción. ●